

Pablo Sánchez

La Alianza de los Nobel: Notas sobre los viajes de Pablo Neruda y Miguel Ángel Asturias a los países socialistas europeos

Hoy, en el mundo globalizado de hegemonía capitalista, nos puede producir perplejidad, decepción o incluso indignación leer a Pablo Neruda afirmando que un niño de Moscú en los tiempos soviéticos es «el niño mejor vestido del mundo»,¹ o que otro premio Nobel, Miguel Ángel Asturias, destaque que los campesinos rumanos de 1962 «tienen la cara de los hombres dichosos», y que la juventud de ese país experimenta la euforia de «sentirse jóvenes en un país de gentes felices, todos trabajadores, sin clases superiores ni inferiores, iguales, entre risas y flores, entre aplausos y bailes».² Sin duda, es comprensible la tentación de acusarles de aceptar la extorsión moral que implicaba lo que ya en 1972 Hans Magnus Enzensberger bautizó como el «turismo revolucionario», un sistema corruptor que desarmaba la crítica de la izquierda occidental y producía ofuscación teórica en los visitantes extranjeros de los países socialistas europeos.³ Pero quizá, para equilibrar las cosas, habría que recordar que, en su vejez, el adalid más conspicuo y célebre del anticomunismo latinoamericano desde hace más de 40 años, Mario Vargas Llosa, reconoce asombrosamente, en el último capítulo de *Tiempos recios*, que los errores de la política estadounidense en América Latina – como la intervención en Guatemala sobre la que gira precisamente su novela – explican el embrujo revolucionario, antiestadounidense y anticapitalista que el comunismo y en particular Cuba provocaron en la juventud y en la inteligencia del continente.⁴ Recordemos, también, que la seducción que los países socialistas europeos producen en escritores como Neruda o Asturias tiene lugar después de sus respectivos

1 Pablo Neruda: Homenaje a la URSS. En: *Obras completas. Vol. V*, ed. Hernán Loyola. Barcelona: Galaxia Gutenberg 2000, p. 113.

2 Miguel Ángel Asturias: *Rumania. Su nueva imagen*. Xalapa: Universidad Veracruzana 1966, p. 83–84.

3 Hans Magnus Enzensberger: *El interrogatorio de La Habana y otros ensayos*, Barcelona: Anagrama 1972, p. 97–139.

4 Mario Vargas Llosa: *Tiempos recios*. Madrid: Alfaguara 2019, p. 350–351.

Nota: Este artículo de investigación se ha realizado en el marco del proyecto *Escritores latinoamericanos en los países socialistas europeos durante la Guerra Fría* (ELASOC. PID2020–113994GB-I00), financiado por MCIN/ AEI/10.13039/501100011033.

exilios políticos, es decir, que hay unas circunstancias previas que contribuyen a explicar ese entusiasmo por la diferencia de trato entre unos regímenes y otros. En ambos casos, la idealización del refugio socialista, por muy ingenua e interesada que fuera, guarda directa relación con una persecución previa antidemocrática y dictatorial y así propongo abordar y desentrañar la producción textual derivada de esas experiencias.

Lo cierto es que el llamado socialismo real presionó, cautivó y tentó con muchos métodos, recursos y símbolos a diversos intelectuales de todo el mundo, aunque no le sirviera para evitar su derrota final. Y además influyó – a través sobre todo de la incidencia de la Revolución cubana – en procesos literarios tan significativos para América Latina como el llamado *boom* de la narrativa latinoamericana. Por ese motivo, más allá de cualquier posible sanción moral (y del fácil vituperio anticomunista), es posible que tengamos que replantear todavía un poco más la literatura latinoamericana del siglo XX – en especial el periodo 1945 – 1989 – a partir de la compleja competencia entre sistemas dinámicos e interactuantes nacionales pero sobre todo transnacionales; cada uno con su repertorio de modelos, sus instituciones y su reparto de capitales simbólicos y/o económicos, así como con meridianos geopolíticamente diferentes aunque aliados en ocasiones: Buenos Aires y la Ciudad de México, entre otras capitales, con sus círculos literarios, sus revistas y sus editoriales; pero también París como capital de la república mundial de las letras en los términos célebres de Pascale Casanova y sede inicial, por ejemplo, de la revista *Mundo Nuevo*; La Habana como capital del nuevo latinoamericanismo militante a partir de 1959; Barcelona como capital del *boom* y de las nuevas redes transatlánticas (que hoy siguen siendo determinantes en términos editoriales); Estados Unidos, con sus universidades pero también con sus políticas en el contexto de la Guerra Fría; y, por supuesto, Moscú, como centro de un sistema socialista que quizá fue más influyente culturalmente de lo que hoy podemos pensar (al menos entre 1945 y 1959) aunque al final fracasara como fracasó el socialismo real en su competencia sistémica.

Pensemos que la entrada de América Latina en la competencia literaria mundial usualmente asignada al *boom* de los sesenta quizá olvida la importancia central de Pablo Neruda (y, en menor medida, de sus amigos Miguel Otero Silva, Jorge Amado, Nicolás Guillén o Miguel Ángel Asturias) en los países socialistas europeos desde los años cincuenta. Todos estos escritores allí tuvieron un cierto éxito literario, dejaron testimonios de su experiencia en esos territorios y colaboraron en mayor o menor grado con sus instituciones culturales, lo que implica una significativa internacionalización de la literatura latinoamericana que aún no ha sido estudiada en toda su dimensión. Entre esos escritores, nos interesa especialmente el caso de Neruda y Asturias, cuya experiencia a lo largo de los años en los países socialistas produjo unos resultados literarios más diversos y hetero-

géneos de lo que pudiera pensarse en primera instancia. Tenemos en concreto tres libros que son tres llamativos testimonios, muy poco estudiados hasta la fecha por la crítica: uno de Neruda, *Viajes*, otro de Asturias, *Rumania, su nueva imagen*, y un tercero – el más tardío y también el más original – publicado conjuntamente por los dos y que, de modo muy curioso, funciona como una revisión fresca y amena de los dos anteriores: *Comiendo en Hungría*. Los tres textos responden a diferentes circunstancias y nos permiten conocer un amplio espectro de motivaciones para la relación entre la literatura latinoamericana y Europa del Este, desde el rígido dogmatismo político hasta la ociosidad hedonista del viajero, pasando por el básico intercambio cultural entre territorios muy alejados histórica y geográficamente. Hay que tener en cuenta que se trata de una relación muy novedosa con respecto a la poderosa tradición del letrado latinoamericano desde finales del siglo XIX, centrada prioritariamente en la Europa Occidental continental con sus espacios habituales: París, por supuesto, pero también – por razones idiomáticas así como editoriales – España (y, en menor medida, quizás Italia, donde, por ejemplo, fallecieron Florencio Sánchez y José Enrique Rodó). El descubrimiento de la *otra* Europa podría entenderse, en ese sentido, como la apertura de la literatura latinoamericana a nuevas comunidades de lectores y a inesperados beneficios simbólicos (y económicos, en algunos casos).

En el caso de Neruda, su entusiasmo político es bastante conocido y es determinante en su exploración de esa otra Europa. Tiene su fase más épica en el ciclo que empieza con *España en el corazón* y alcanza su culminación con la fusión de tiempo mítico y tiempo histórico visible en *Canto general* y *Las uvas y el viento*, modulaciones poéticas del particular materialismo nerudiano. En esos años, el estalinismo es un elemento polémico pero incuestionable en el ideario del poeta. El segundo de esos libros, como es sabido, deriva directamente de su experiencia con el socialismo real europeo y constituye su más clara exaltación del providencialismo mesiánico socialista. Recordemos que Neruda y Delia del Carril volaron a Moscú el 6 de junio de 1949, con motivo de las celebraciones del 150 aniversario del nacimiento de Pushkin. Así explica el poeta la revelación que supuso su primer contacto con la URSS en *Confieso que he vivido*, más de veinte años después:

Amé a primera vista la tierra soviética y comprendí que de ella salía no sólo una lección moral para todos los rincones de la existencia humana, una equiparación de las posibilidades y un avance creciente en el hacer y el repartir, sino que también interpreté que desde aquel continente estepario, con tanta pureza natural, iba a producirse un gran vuelo.⁵

5 Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*. En: *Obras completas*. Vol. V, ed. Hernán Loyola. Barcelona: Galaxia Gutenberg 2000, p. 613.

En otra de las significativas omisiones de sus memorias, Neruda evita mencionar que el mismo Stalin los recibió y le regaló a Delia del Carril un abrigo de astracán.⁶ También evita mencionar que la fiebre viajera de esos años, que le lleva a visitar, además de la URSS, Hungría, la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Rumanía y China, no solo tiene motivaciones políticas, puesto que estas actividades le permiten desarrollar de manera efectiva su vida amorosa todavía clandestina con Matilde Urrutia. En cualquier caso, ahí empezó una vinculación especial con la Unión Soviética y sobre todo con la ciudad de Moscú, que Neruda visitará en numerosas ocasiones (viviendo con lujos recordados por su amigo Volodia Teitelboim)⁷ y a la que incluso dedicará uno de sus libros póstumos, *Elegía*.

A diferencia de otros escritores latinoamericanos y europeos, Neruda no dedicó una obra específica en prosa a su contacto directo con lo original de la realidad soviética, aunque en *Confieso que he vivido*, como hemos visto, encontramos información sobre esos años viajeros de Neruda, que complementan la expresión lírica de la misma experiencia en *Las uvas y el viento*. Sin embargo, hay otro texto autobiográfico mucho menos conocido en el que se recoge, entre otros viajes, la primera experiencia de Neruda en el socialismo europeo y que además tiene un especial interés porque es más cercano a la visita y, sobre todo, es previo a la crisis política de 1956, con la revelación pública de los crímenes del estalinismo en el XX Congreso del PCUS, que afectó decisivamente a Neruda desde el punto de vista político pero también poético, y abrió una nueva etapa de su trayectoria, como han estudiado, entre otros, Greg Dawes⁸ y Hernán Loyola.⁹

Nos referimos al texto leído originalmente en Guatemala en 1950 y publicado en 1955 en el volumen titulado *Viajes* como cuarta y penúltima sección del libro. Puede ser útil contrastar este texto, marcado por el pensamiento escatológico y apocalíptico de la euforia estalinista, con la imagen menos radical de *Confieso que he vivido*, en la que todavía se conserva la fe en el socialismo pero se reconoce la existencia del *problema Stalin*.

En ese primer texto suscitado por el contacto inmediato (aunque mediatisado, naturalmente, por la *nomenklatura*) con la sociedad socialista ya idealizada por el poeta chileno desde que Stalin apoyara a la Segunda República española, Neruda empieza recordando su vivencia del citado homenaje a Pushkin. Sin embargo, la grandeza de la literatura rusa clásica no es ahí un fenómeno aislado, sino que tiene una profunda armonía histórica con la grandeza del Ejército Rojo

6 Mark Eisner: *Neruda. El llamado del poeta*. Nueva York: Harpercollins 2018, p. 358.

7 Volodia Teitelboim: *Neruda*. Madrid: Michay 1984, p. 304.

8 Greg Dawes: *Multiforme y comprometido. Neruda después de 1956*. Santiago de Chile: RIL 2014.

9 Hernán Loyola: *Neruda moderno/Neruda posmoderno*. En: *América sin nombre* 1 (1999), p. 21–32.

que derrotó al nazismo con un alto coste humano. El viaje por «los sitios sagrados de la historia de Pushkin» es también un recorrido por el heroísmo del pueblo soviético ante el nazismo y la constatación de que la Unión Soviética representa el horizonte de la Humanidad. La Historia ha entrado en la fase providencial marxista: «ya se han ido los cocheros que abrazaban a sus caballos y han partido, hacia el camino sin retorno, las prostitutas delirantes y los nobles obscenos.»¹⁰ En el discurso nerudiano resuenan ecos del *Canto de amor a Stalingrado* (1943), porque el poeta por fin conoce en persona la ciudad heroica («ciudad resurgida, levantándose minuto a minuto, como símbolo colosal de la esperanza»),¹¹ pero también vemos alguna coincidencia con la trascendencia materialista de Machu Picchu que encontraremos ese mismo año en *Canto general*: así, en Leningrado «hasta las piedras son inmortales» porque «han recibido la sangre de sus invencibles defensores».¹² El cronista de América que apela a la solidaridad popular en su gran poema de 1950 también aparece en el texto de *Viajes*:

Venid conmigo, poetas, a los bordes de las ciudades que renacen: venid conmigo a las orillas de la paz y del Volga, o a vuestros propios ríos y a vuestra propia paz. Si no tenéis que cantar las reconstrucciones de esta época, cantad las construcciones que nos esperan. Que se oiga en vuestro canto un rumor de ríos y un rumor de martillos.¹³

Podemos comprobar que el entusiasmo es ilimitado en 1950 y se prolonga todavía hasta la publicación del texto en 1955 (ya fallecido Stalin). No se percibe ninguna sombra totalitaria que perturbe la conciencia utópica; la actitud de Neruda es, de nuevo, agresivamente militante, como en tantos otros textos de ese periodo convulso y tan agitado desde el punto de vista político para el poeta, periodo que es el más cercano al siniestro «culto a la personalidad» que marcó la época soviética. Así, para Neruda los problemas de la libertad artística en la URSS (los informes y decisiones de Andréi Zhdanov en 1947–48) solo son «una calumnia más de la reacción internacional, calumnia a la que se aferran los agonizantes intelectuales de la burguesía para agregar su parte de lodo en la charca reaccionaria».¹⁴ Si Shostakovich («el más amado de los músicos en la Unión Soviética») cambia sus creaciones, es simplemente porque «ha tomado como nuevo impulso lo que le aconsejara su pueblo y su partido».¹⁵ No hay ni la más mínima alusión a los casos de Babel o Meyerhold (tan cer-

10 Pablo Neruda: *Viajes* 4. En: *Obras completas*, vol. IV, ed. Hernán Loyola. Barcelona: Galaxia Gutenberg 2000, p. 787.

11 *Ibid.*, p. 789.

12 *Ibid.*, p. 788.

13 *Ibid.*, p. 789.

14 *Ibid.*, p. 790.

15 *Ibid.*, p. 790.

canos a Iliá Ehrenburg, el mejor amigo soviético de Neruda), represaliados trágicamente por el terror estalinista a finales de los treinta. Por el contrario, el mismo homenaje a Pushkin demuestra el nivel cultural y el libre compromiso con el arte en la sociedad soviética. Sobre Pasternak, Neruda recuerda que incluso sus detractores soviéticos respetan y admiran su talento poético. En cuanto al mismo Stalin, no hay apenas alusiones, pero que no haya culto explícito a la personalidad no impide que se trate de uno de los textos más dogmáticos del poeta chileno, muy revelador de esa fe ciega en el socialismo soviético que sufrirá una conmoción en 1956.

El relato del viaje se completa con otros países europeos (como en *Las uvas y el viento*) y tiene más momentos de homenaje literario expresados con la misma vehemencia política. Nos interesa en especial el primer contacto con Hungría: en Budapest, Neruda asiste al centenario de la muerte del escritor Sandor Petöfi, al que admiraba (y al que volverá a homenajear en *Comiendo en Hungría*). En ese país, cultura y economía también van estructuralmente de la mano en la nueva realidad socialista, porque el homenaje al poeta coincide con la reconstrucción socialista del país: «la reforma agraria multiplica la producción de Hungría, los tractores y la maquinaria agrícola pasan tronando por las praderas, y en este momento de primavera y de pan, el joven poeta muerto hace cien años, vuelve a acompañar, con caballo y con su lira, el destino a su pueblo.»¹⁶ Nada hace presagiar los acontecimientos de 1956 en el país húngaro, al que Neruda regresará con otra actitud y otro discurso muy diferente –menos político– años después, como veremos más adelante.

Hay algunos apuntes igualmente interesantes sobre otros países europeos. Por ejemplo, la buena salud del arte en el bloque socialista parece confirmada a ojos de Neruda con la visita al castillo de Dobříš, en Checoslovaquia: «allí los escritores todos tienen derecho a descansar, como también tienen derecho a pedir que el Estado costee todos sus gastos en las regiones o fábricas o industrias o minas sobre las que quieran escribir sus obras.»¹⁷ Como señala Zourek, el castillo de Dobříš cumplió una función como centro cultural para el comunismo internacional comparable a lo que en los años sesenta sería Casa de las Américas en La Habana.¹⁸ Jorge Amado y Nicolás Guillén, entre otros, también fueron invitados a ese centro cultural.

El testimonio en prosa de Neruda en *Viajes* es, por tanto, complementario de la propuesta político-poética de *Las uvas y el viento* y ha quedado como una de las evidencias textuales más claras del periodo estalinista del poeta. Su optimismo

¹⁶ Ibid., p. 792.

¹⁷ Ibid., p. 792.

¹⁸ Sobre esa cuestión, véase Michal Zourek: *Praga y los intelectuales latinoamericanos (1947–1959)*. Rosario: Prohistoria ediciones 2019, p. 67–73.

político no volverá a alcanzar la misma intensidad, salvo quizá en el poema sobre la Revolución cubana, *Canción de gesta* (1960), aunque también tendremos mucha poesía política en alguno de los últimos libros publicados en vida por el poeta, marcados por la esperanza de transformación en Chile.

No obstante, hay que recordar que, a pesar de la «muerte simbólica» que según Dawes supuso el año crítico de 1956, Neruda seguirá viajando con regularidad a la Unión Soviética. En 1957, por ejemplo, lo encontramos en el Festival de la Juventud, uno de tantos eventos organizados por el socialismo real para expandir una imagen positiva de su sistema político y económico y para consolidar los contactos con intelectuales del Tercer Mundo. Pasaron por la capital soviética unos 850 participantes latinoamericanos;¹⁹ entre ellos, Neruda, pero también su amigo Miguel Ángel Asturias.

A diferencia de la amistad entre Neruda y Nicolás Guillén, que, como sabemos, se deterioró gravemente en los años sesenta como consecuencia de la polémica entre el poeta chileno y los intelectuales revolucionarios cubanos, la amistad entre Neruda y Asturias perduró durante más de tres décadas. Se conocieron en Guatemala en 1942 y su relación incluyó episodios célebres, como el cambio de pasaporte que permitió a Neruda escapar de la persecución en Buenos Aires a finales de los años cuarenta.²⁰ Sin embargo, el grado de compromiso político con el socialismo no fue igual de intenso en los dos, como recuerda Neruda en su autobiografía: «tengo que decir que Asturias ha sido siempre un liberal, bastante alejado de la política militante.»²¹ De ahí que los testimonios de Asturias sean menos dogmáticos desde el punto de vista político; en su caso, lo determinante, como veremos, no son tanto las ideas de universal aplicación del socialismo como la actitud de los gobiernos socialistas que ofrecen apoyo y beneficios de diverso tipo al escritor en dificultades, como fue el caso del escritor guatemalteco.

Rupprecht comenta que Asturias, como Alejo Carpentier, no tuvo mucho interés por la construcción del socialismo soviético, y, a diferencia del entusiasmado Neruda, apenas escribió sobre esa realidad geográfica, cultural o política.²² Tampoco estuvo invitado, que sepamos, en el castillo de Dobříš. Sin embargo, sus credenciales antidictatoriales y su currículum de exiliado fueron suficientes para que se le intentara sumar al frente de apoyo externo a la política soviética. Por

19 Tobias Rupprecht: *Soviet Internationalism after Stalin: interaction and exchange between the USSR and Latin America during the Cold War*. Cambridge: Cambridge University Press 2015, p. 51–57.

20 Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*. En: *Obras completas. Vol. V*, Hernán Loyola (ed.). Barcelona, Galaxia Gutenberg 2000, p. 603.

21 *Ibid.*, p. 604.

22 Tobias Rupprecht: *Soviet Internationalism*, p. 157.

ello en los años sesenta recibió un trato especial por parte de diversos países de Europa del Este. Recordemos, por ejemplo, que obtuvo el premio Lenin de la Paz en 1966, justo antes de recibir el Nobel de literatura; al igual que Neruda, a la larga podrá presumir de un doblete único en los premios famosos de la época. La captación del novelista guatemalteco puede entenderse así como un triunfo de Moscú y sus satélites, y una derrota de las políticas culturales estadounidenses en América Latina, centradas en esos años, como sabemos, en instituciones como el Congreso por la Libertad de la Cultura, que difícilmente podían compensar los daños a la imagen estadounidense provocados por sus políticas intervencionistas en el continente americano, ya codificadas en el imaginario intelectual latinoamericano desde la guerra de Cuba en 1898 y que, en el caso de Asturias, habían tenido unas implicaciones biográficas traumáticas desde el golpe de Estado contra Arbenz en 1954.

La primera experiencia de Asturias en la URSS tuvo lugar en ese verano de 1957; no deja de ser curioso, como recuerda Rupprecht, que los invitados estrella como Asturias y Neruda no fueran precisamente jóvenes, sino cincuentones.²³ Aunque lo cierto es que sí había un joven muy relevante para las letras hispanoamericanas que también visitó el Festival y que, a la larga, obtendría asimismo el premio Nobel: Gabriel García Márquez, que entonces es un joven periodista colombiano que viaja a los países socialistas europeos en compañía de su amigo Plinio Apuleyo Mendoza para conocer de primera mano las llamadas democracias populares.

No podemos detenernos demasiado en el caso de García Márquez, pero vale la pena recordar que la encrucijada que tenemos en 1957 – años antes del *boom* – nos revela un mapa concreto de la literatura latinoamericana quizá difícil de reconocer hoy, con tres futuros premios Nobel curioseando por la hipotética utopía socialista y confrontándola, por tanto, con los conflictivos destinos políticos latinoamericanos. García Márquez, por ejemplo, en sus crónicas de *90 días en la Cortina de Hierro* está bastante lejos del optimismo mesiánico de Neruda que ya hemos visto: no oculta su decepción por el descubrimiento del socialismo real, aunque realiza un diagnóstico bastante objetivo con la heterogeneidad de los países y sus específicas circunstancias, sin llegar, por ejemplo, al nivel de crítica anti-socialista de su amigo Mendoza, que también relató el viaje, aunque muchos años después.²⁴ Alemania Oriental, por ejemplo, le parece a Gabo el pueblo más triste que ha visto jamás, pero también reconoce que el viaje a Moscú es peligroso para un periodista honesto: «se corre el riesgo de formarse juicios superficiales, apre-

²³ Ibid., p. 54.

²⁴ Plinio Apuleyo Mendoza: *Aquellos tiempos con Gabo*. Barcelona: Plaza y Janés 2002, p. 35–45.

surados y fragmentarios, que los lectores podrían considerar como conclusiones definitivas.»²⁵ De ahí que Gabo renuncie a los fastos oficiales del Festival de la Juventud, que incluyen, curiosamente, una visita con Pablo Neruda, visita que el colombiano descartó —es decir, no conoció en persona en esa oportunidad al poeta, del que luego fue buen amigo—, puesto que el objetivo era elegir «entre el festival y una idea bastante aproximada de la realidad soviética».²⁶

Mientras Neruda, a pesar del trauma de 1956 y confiando en el revisionismo de Jruschov, mantiene en líneas generales la lealtad al proyecto soviético (véase, por ejemplo, su citado «Homenaje a la URSS», de 1966²⁷) y García Márquez se aleja para centrar sus esperanzas en Cuba, en el caso de Asturias, el exilio lo llevará a un amplio peregrinaje —como sucedió con Neruda a finales de los cuarenta— y es ahí donde entra la política de captación por parte de los países socialistas europeos, que, muy oportunamente, ofrecen sus mejores recursos para aprovechar el prestigio de un escritor como Asturias y fortalecer la imagen internacional del socialismo europeo con un visitante poco sospechoso de fanatismo. Dadas las limitaciones económicas que impedían competir con las instituciones de Estados Unidos (universidades, por ejemplo), los países socialistas jugaron la carta de la hospitalidad y trataron de manera excepcional a los invitados extranjeros.

Así tienen lugar al menos dos operaciones publicitarias que aprovechan el tirón de Asturias años después de esa visita a Moscú. La primera se produce cuando el novelista guatemalteco es invitado por el gobierno rumano a visitar de nuevo el país —que ya había conocido mucho antes, en 1928— para someterse a una cura de salud después de haber sufrido la detención por el gobierno argentino: «al salir de la cárcel estaba yo muy enfermo de los riñones y el gobierno rumano me invitó a ir a Rumanía para consultar al profesor Olanescu, uno de los grandes urólogos mundiales. Así salimos en julio de 1962 para Bucarest, en donde me internaron en el hospital.»²⁸

25 Gabriel García Márquez: Para una checa las medias de nylon son una joya. En: *Obra periodística Vol. 4. De Europa y América (1955–1960)*, Jacques Gilard (ed.), Barcelona: Bruguera 1982, p. 694.

26 Ibid., p. 696.

27 «Tengo allí muchos amigos. Lo que me gusta de ellos y en general de la gente soviética es su sencillez y su franqueza. También la vida me parece allí sencilla. El cambio grande entre el capitalismo y el socialismo se nota en la despreocupación por cierto tipo de cosas que aquí nos angustian. Qué haré cuando viejo? O qué harán de mí? Qué será de mis hijos? Qué pasará si me despiden del trabajo? Éstas son las preguntas del mundo que se llama a sí mismo libre». Pablo Neruda: *Homenaje a la URSS*, p. 112.

28 *Vida, obra y herencia de Miguel Ángel Asturias: 1899–1999: exposición organizada por la UNESCO y la Colección Archivos en el marco de la XXX Conferencia General de la UNESCO: catálogo*. Nanterre: ALLCA XX 1999, p. 383.

Hay que reconocer que la estrategia de generosidad y persuasión del gobierno rumano fue muy eficiente en el caso de Asturias sin necesidad de que el novelista expresara un compromiso socialista claro e inequívoco. El resultado de esa experiencia será el libro propagandístico *Rumania. Su nueva imagen*, publicado en México en 1964. Aunque es un libro poco conocido y quedó lejos del impacto y la difusión que tuvo el Neruda más político, es un ejemplo inmejorable de los esfuerzos del socialismo europeo para ganar aliados en el terreno de la batalla simbólica contra el bloque capitalista.

La imagen que Asturias encuentra en Rumanía es la de un país nuevo en el que la economía planificada está en pleno desarrollo y las desigualdades sociales parecen eliminadas. El balance es del todo positivo incluso en el terreno cultural: Asturias dialoga al parecer espontáneamente con un escritor del cual no menciona su nombre y al que conoce por casualidad en una playa. El escritor niega las acusaciones de censura o la existencia de una literatura oficial: «los escritores ya famosos en tiempos de los gobiernos burgueses se quedaron en Rumania y escriben como antes sus libros de ficción literaria, de poesía, de teatro, de crítica, sin que se les haya llamado a juicio, encarcelado, molestado, humillado en lo más mínimo.»²⁹ Asturias reconoce el papel destacado que la cultura tiene en el socialismo y destaca la traducción de obras de autores extranjeros, entre las cuales están algunas suyas (*El Señor Presidente*, *El Papa Verde* o *Week-End en Guatemala*), junto a otras obras latinoamericanas como *Los cuentos de la selva* de Horacio Quiroga. El boom no ha llegado todavía; recordemos que el viaje de Asturias tiene lugar antes de la publicación de *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, que suele considerarse el punto de partida del éxito internacional de la narrativa latinoamericana.

Del testimonio de Asturias no puede decirse que sea una simple postal turística, puesto que se trata de un repaso de más de doscientas páginas, mucho más completo y detallado desde el punto de vista geográfico, económico y cultural de que lo que García Márquez o Neruda habían realizado con anterioridad sobre las llamadas democracias populares. Por eso precisamente resulta asombroso que el novelista que había sido capaz de diseccionar los mecanismos del poder dictatorial en su novela más famosa sea tan ingenuo a la hora de entender otra realidad política. Quizá haya que admitir la enorme capacidad de persuasión de la propaganda rumana, y también las necesidades propias del escritor exiliado, deseoso de encontrar apoyo y no persecución. Pero también hay una performatividad específica de la propaganda que tiene que ver con la agenda antiimperialista de América Latina en esos años: todavía está fresco el entusiasmo inicial de la Revo-

29 Miguel Ángel Asturias: *Rumania*, p. 114.

lución Cubana, y Asturias cita en el libro varias veces a Fidel Castro³⁰ con la esperanza de que los países latinoamericanos sigan el camino emprendido por Cuba, que en Rumanía parece llevar años de ensayo y de éxito. Es posible también que la inquietud por el destino de Guatemala le llevara a idealizar el modelo rumano a partir de ciertas similitudes muy concretas que él cree encontrar entre las identidades de ambos países.³¹

Hay que recordar que el vínculo con Rumanía es en esos años otra coincidencia con Neruda, puesto que el chileno también tuvo un éxito considerable en ese país y además publicó en 1967 una traducción de poesía rumana: *44 poetas rumanos*, que incluía un prólogo en el que el poeta chileno igualmente elogia la ingeniería social de la nueva Rumanía: «las fábricas, las escuelas, las canciones hacen vibrar ahora la vieja tierra rumana. La poesía canta en la revolución del trigo, en la trepidación de los telares, en la nueva fecundidad de la vida, en la seguridad del pueblo, en las dimensiones recién descubiertas.»³²

La Guerra Fría en su versión cultural latinoamericana debe tomar en cuenta estas políticas intercontinentales de aproximación estratégica, a pesar de que, evidentemente, quedaron lejos del protagonismo y la centralidad que Cuba tuvo en esa década. Aun así, las políticas dieron lugar a resultados literarios curiosísimos y sorprendentes que pasaron inadvertidos en pleno *boom* y que aún hoy han merecido escasa atención por parte de la crítica. Y ahí es donde entra la segunda operación publicitaria que implicó a Asturias, en la que además se involucró con su amigo Neruda a partir de una coyuntura casual, y que es el tercer texto testimonial que nos interesa en este estudio.

Después de la Unión Soviética y Rumanía, habrá un tercer país con el que funcionó la alianza de los dos Nobel aprovechando la hospitalidad del turismo revolucionario. Se trata de Hungría, que gracias a los dos escritores nos ha depurado otro ejemplo de literatura de viajes, pero mucho más atractivo e imprevisto, aunque tenga también su vertiente polémica: nos referimos a *Comiendo en Hungría*, el libro que en 1969 publicaron conjuntamente los dos amigos viajeros.

Comiendo en Hungría es otro ejemplo de intento socialista en el terreno simbólico de la propaganda y la proyección internacional, pero fue una apuesta más ambiciosa incluso desde el punto de vista editorial, ya que se pretendía que funcionara como lavado de imagen del país húngaro después de los sucesos de 1956. Incluye once textos breves de Asturias y dieciocho de Neruda, más un discurso «al alimón»: «Brindis en la taberna El Puente». Los dos escritores combinan prosa

³⁰ Ibid., p. 110.

³¹ Véase Stephen Henighan: *Lands of Corn: Guatemalan-Romanian Analogies in the Work of Miguel Ángel Asturias*. En: *Romance Studies* 15, 1 (1997), p. 85–96.

³² Pablo Neruda: *Poetas de la Rumania florida*. En: *Obras completas. Vol. V*, p. 133.

y verso para ensalzar con entusiasmo y lirismo las virtudes del país que les había invitado, sobre todo las gastronómicas:³³ Asturias, por ejemplo, elogia el gulash, la paprika y las sopas típicas, y Neruda hace lo propio con las legumbres, los pescados y los vinos. Rememoran sus experiencias en tabernas y restaurantes célebres y convierten su texto en una guía turística llena de recomendaciones. No hay apenas contenido político explícito, puesto que se trata de un libro breve, informal, humorístico y relajado, lleno de felicidad no reprimida, como afirma Neruda en el prólogo: «cuanto comimos con gloria, se lo decimos en este pequeño libro al mundo. Es una tarea de amor y de alegría. Queremos compartirla.»³⁴ Probablemente por ello haya sido considerado menor en la trayectoria de ambos autores: podría decirse que enlaza con el vitalismo de Neruda en las *Odas elementales*, pero es insólito en la obra de Asturias. Y, desde luego, guarda muy pocas similitudes formales o simbólicas con el capítulo europeo de *Viajes* o con *Rumania, su nueva imagen*.

El libro fue publicado por la editorial estatal húngara Corvina en coedición con una de las editoriales españolas antifranquistas, Lumen, y se aumentó el atractivo del producto con una serie de ilustraciones de artistas húngaros. El proyecto, en realidad, había nacido cuando Neruda y Asturias coincidieron en agosto de 1965 en Hungría, invitados por el gobierno, con sus respectivas parejas (el dato no es secundario, como se verá), antes de acudir a la reunión del Pen Club en Yugoslavia. Recordemos que poco antes Neruda ha publicado *Memorial de Isla Negra*, que, como indica Dawes, es una tentativa de cerrar la crisis política y personal abierta en 1956.³⁵ Desde esa perspectiva, es más fácil entender la reconciliación – incluso de sentido optimista y lúdico – con el socialismo real que representa este libro.

El prologoísta del libro, el escritor Iván Boldizsár, menciona que la idea surgió en la primera noche del viaje, cenando en el restaurante Alabardós:

[. . .] fue entonces cuando los dos escritores latinoamericanos pensaron por primera vez en escribir algo sobre la vida húngara. Neruda pensó en una poesía y Asturias en un pequeño ágape. Cuando al día siguiente, en una taberna de marineros situada a orillas del Danubio, en un ambiente más sencillo, tuvieron ocasión de paladear cosas tan sabrosas y en tanta

³³ También es cierto que pagaron los excesos, aunque eso no se incluyó en el libro, como tantos otros datos relevantes. Según el testimonio del hijo menor de Asturias, los dos escritores terminaron internados: Neruda por lo que había bebido y Asturias por lo que había comido. Seguramente no fue muy grave, pero quizá pone en entredicho el entusiasmo con el que Asturias ataca a los dietistas y la supuesta vida sana en uno de sus textos, el titulado *El alegato del buen comer*. Véase *Entrevistas a Miguel Ángel Asturias y familia. 1954–2016*, recopilación de Ariel Batres Villagrán, Guatemala 2017, p. 406.

³⁴ Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda: *Comiendo en Hungría*. Barcelona: Lumen 1969, p. 15.

³⁵ Greg Dawes: *Multiforme y comprometido*, p. 119.

abundancia como la noche anterior, fue Asturias que se sintió inclinado hacia los versos mientras que Neruda se vio atraído por la prosa, esta vez más extensa.³⁶

Sin embargo, los vericuetos de la Guerra Fría ofrecen muchas sorpresas a la hora de comprender los códigos de comportamiento de los escritores invitados a los países socialistas. Ya hemos visto en páginas anteriores algunas motivaciones de escritores como Neruda y Asturias para dar a conocer sus diagnósticos – más o menos generosos – del socialismo real; pero en el caso de *Comiendo en Hungría*, un libro con más interés por la función poética del texto e insospechadamente ligero para tratarse de un país con una historia reciente como la de Hungría, la motivación prioritaria podría ser, en última instancia, más venal que política. Como señala Csikós:

Hoy en día ya sabemos que en el fondo hubo causas financieras por haber aceptado publicar un libro propagandístico sobre el país. Sucedió que las mujeres de Asturias y Neruda querían comprar nuevos vestidos en una de las *boutiques* más elegantes de Budapest y necesitaban dinero. Así surgió la idea de escribir un libro sobre la riqueza de la gastronomía húngara y cobrar los derechos de autor de antemano.³⁷

Hungría, como recuerda Zelei,³⁸ había tenido muy poca presencia en las letras hispanoamericanas del siglo XX (seguramente parecida a la de Rumanía, y en cualquier caso mucho menor que la Unión Soviética), aunque podemos recordar que el elogio a la paprika y el vino de tokay que hacen Neruda y Asturias ya están presentes en la crónica que Rubén Darío hizo de su viaje a Budapest y que finalmente incluyó en su volumen *Tierras solares*, de 1905. Entonces, Budapest formaba parte de Austria-Hungría; pero cuando Asturias y Neruda visitan el país para hacer su turismo gastronómico, este vive en el socialismo de János Kádár, surgido después de la represión de 1956. Neruda, como vimos, conocía Budapest, pero estuvo antes de la invasión soviética, mientras que para Asturias era la primera experiencia. Curiosamente, García Márquez conocerá esa nueva Hungría antes que los dos, puesto que visitó también el país en su gira europea en 1957.

Sin embargo, Asturias y Neruda evitan cualquier alusión a los conflictos del pasado y se limitan a describir una Hungría de abundancia y felicidad, de ricas tradiciones culturales y gastronómicas. Se les puede acusar de falta de coraje político

36 Boldizsár, Ivan: Aperitivo. En: Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda: *Comiendo en Hungría*, p. 10.

37 Zsuzsanna Csikós: Hungría, doble es tu rostro como una medalla». Visitas, amigos y escritos húngaros de Pablo Neruda. En: *Ars et Humanitas* 15, 2 (2021), p. 75.

38 Dávid Zelei: La Hungría exótica: representaciones de Budapest en la literatura latinoamericana. En: Monika Szente-Varga (ed.): *Latin America and Hungary, Cultural Ties*. Budapest: Dialog Campus 2020, p. 76–77.

y de ingenua idealización, pero también es cierto, que, a diferencia de lo que vimos en los otros textos de ambos autores, tampoco hay apenas elogios a la ingeniería social del régimen: el libro no aspira a ser un testimonio objetivo de la situación del país ni un vulgar panfleto programático, sino que se plantea precisamente como una propuesta lúdica y hedonista muy diferente de cualquier otro ejemplo de literatura propagandística de la Guerra Fría; una propuesta más literaria, en realidad, y con una mayor exigencia retórica, por la intención poética. En ese sentido, es una obra con un importante elemento antidogmático, muy lejana al estalinismo que vimos en *Viajes*, pero menos sorprendente quizá si pensamos en el Neruda posmoderno e irónico que despunta desde *Estravagario*. En lo que respecta a Asturias, contrasta significativamente con la solemnidad y el aparente rigor documental de su obra sobre Rumanía, pero es coherente con su ideario político, menos militante que Neruda.

En definitiva, *Comiendo en Hungría* es un intento excepcional de aportar creatividad (e incluso humor) a la propaganda política de la época anteponiendo la literatura a la ideología y formulando una utopía muy diferente, menos trascendental y más mundana, arraigada en la tradición y en el vitalismo: la utopía de una sociedad en la que la paz tantas veces defendida como lema socialista en la Guerra Fría se percibiera no sólo intelectualmente sino también sensorialmente. El contraste con los testimonios anteriores de Neruda y Asturias es significativo; pero lo que también nos confirma el texto es que los puentes interculturales entre realidades tan objetivamente lejanas requieren de análisis desprejuiciados, que atiendan ante todo al esfuerzo de los escritores para dotar de nuevas posibilidades al exotismo literario. Es verdad que ese texto gastroliterario fue, sin duda, un experimento de poco alcance teniendo en cuenta la fecunda literatura latinoamericana de esos años – en pleno *boom* –, pero puede ser recordado como uno de los ejemplos más curiosos tanto de la Guerra Fría en su versión latinoamericana como de la relación intercultural, demasiado esporádica, entre Europa del Este y América Latina. Los fastos comerciales del *boom* y la fuerte expansión occidental que supuso para América Latina acabaron situando esa relación (que ya de por sí tenía importantes problemas de comunicación, por motivos estrictamente lingüísticos) en un plano secundario, claramente menor en términos cuantitativos (sobre todo económicos); sin embargo, no cabe duda de que *Comiendo en Hungría* nos confirma que las relaciones de los escritores latinoamericanos con los países socialistas fueron más diversas y complejas de lo que sugieren algunas visiones superficiales y maniqueas de los procesos políticos y culturales.